

rar grande trabajo á los predicadores, les presentaremos modelos perfectísimos de elocuencia sagrada.

Al efecto hemos reunido en nuestra Biblioteca predicable los discursos mas preciosos de Granada, Santander, Bossuet, Massillon, Bourdaloue, Flechier, Neuville, Señeri, Laselve, Siniscalchi, Galli, Torricelli, Torriani, Granelli, Gabrielli, Venini, Tornielli, Masotti, Casarotti, Pizzi, Malacrida, Vettori, Canovai, Rimella, Cesari, Pellegrini, Grossi, Billot, Bertieri, Ciceri, Ridolfi, Guensi, Fontana, Leone, Luvini, Conati, etc., etc.

Hemos puesto en primer orden los discursos que tratan de la santísima Trinidad y de Jesucristo, y de sus misterios, pasion y muerte; luego los discursos que versan cerca las festividades de María santísima; á los dos ó tres discursos que habrá para cada misterio ó fiesta de Jesús y María seguirán tres proyectos ó esqueletos distintos del mismo objeto que se podrán llenar de los materiales de los discursos precedentes, y de las sentencias, figuras de la sagrada Escritura, de las sentencias de los santos Padres que siguen á los discursos de cada materia.

Despues de los discursos que tratan de Jesucristo y de María santísima siguen los panegíricos de los Santos, oraciones fúnebres y los sermones de las virtudes que deben tener los Sacerdotes, Religiosas, Hermanas, y todo el pueblo cristiano. Para este son los sermones morales, que vienen al último.

Esta es la obra que se publica, y no dudamos que será tan apreciada como las anteriores, y servirá de mucha gloria á Dios y de grande descanso á los sacerdotes predicadores, y bien de las almas, que es lo único que nos hemos propuesto. Vale.

ANTONIO MARÍA CLARET,
Arzobispo.

SELECTOS PANEGÍRICOS.

ESQUELETO DEL SERMON

SOBRE LA EXISTENCIA DE DIOS.

Videte fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis discedendi à Deo vivo, sed adhortamini vosmetipsos per singulos dies, ut non obduretur quis ex vobis fallacia peccati. (Hebr. iii, 12, 13).

Guardaos, hermanos, que no haya en alguno de vosotros corazon malo de incredulidad, apartándoos del Dios vivo; antes amonestaos vosotros mismos los unos á los otros cada dia, para que no sea endurecido alguno de vosotros por engaño del pecado.

1. Con las precedentes palabras exhorta san Pablo á los hebreos, recordándoles que no todos sino muy pocos de sus antiguos padres entraron en la tierra de promision por el pecado de su incredulidad.
2. Si entonces habló así san Pablo á los hebreos, ¿con cuánta mas razon lo diria á los cristianos de hoy dia?
3. No extrañeis, pues, que diga yo como el Apóstol: *Videte, fratres*, etc.
4. No extrañeis, repito... En la edad de nuestros padres no habia necesidad de estos sermones; pero en nuestros tristes dias...
5. Discípulos de Jesucristo, uníos á mí... Vuestra fe es la mia...
6. Ser eterno... ¿Cómo podré dejar de hablar?... No, Dios mio: no callaré.
7. Dijo el insipiente en su corazon: No hay Dios. Lucha entre las luces de la razon y las tinieblas de la incredulidad.
8. Díjolo en su corazon, pero los insipientes de nuestros dias

lo dicen tambien de palabra y por escrito. Confundámoslos con las consecuencias del ateísmo.

9. ¿No hay Dios? Luego no hay ley eterna... no hay conciencia... ¿No hay Dios? Luego no hay virtud ni vicio... etc., etc.

10. Consuelos y ventajas que saca el creyente de su firme fe. Lázaro... Job... san Pablo... Susana... Daniel,... etc.

11. ¿Dónde hallaréis, extravagantes ateístas, tan preciosas utilidades? ¿En los delirios de Epicuro?... ¿En el ridículo panteísmo de Espinosa?...

12. ¿Las encontraréis en los absurdos del autor del Telliamed, cuyas extravagancias mueven á risa, y cuyos extravíos causan lástima?

13. Los hombres y los brutos no deben su existencia á un Dios criador, sino á la materia eterna... Unos y otros son una especie de peces que se quedaron en seco cuando las aguas que cubrian la tierra se fueron disminuyendo... ¿Puede demostrarse mejor la existencia de Dios, que refiriendo tales despropósitos?

14. ¡Qué consuelo para nosotros el reconocer á un Criador! el saber que tenemos un Redentor... un Padre celestial... un Maestro sapientísimo... un Médico divino!...

15. Si de negar la existencia de Dios resultan tantos absurdos, si de admitirla nacen tantos consuelos, ¿de cuántos males nos libraremos, y cuántos bienes adquiriremos, si creemos... ¡Oh alma mia! alégrate... regocíjate en tu Dios...

16. ¡Oh sumo y verdadero Dios! ¡oh suma y verdadera vida, de quien...

17. Temblad, pecadores... Alegraos, justos...

SERMON

SOBRE LA EXISTENCIA DE DIOS.

Videle fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis discedendi à Deo vivo, sed adhortamini vosmetipsos per singulos dies, ut non obduretur quis ex vobis fallacia peccati. (Hebr. III, 12, 13).

Guardaos, hermanos, que no haya en alguno de vosotros corazón malo de incredulidad, apartándoos del Dios vivo; antes amonestaos vosotros mismos los unos á los otros cada día, para que no sea endurecido alguno de vosotros por engaño del pecado.

1. El grande apóstol san Pablo, convertido por la poderosa gracia del Omnipotente, de perseguidor del Cristianismo en defensor de la religion de Jesús, de blasfemo y contumelioso en confesor ilustre de la fe, y de incrédulo en fiel, deseando mantener pura la fe que acababan de recibir sus hermanos los hebreos, les escribe una edificante y elocuentísima carta, en que les dice entre otras muchas estas palabras: Mirad, hermanos, no se halle entre vosotros algun corazón contaminado con el mal de la incredulidad: vivid vigilantes para no apartaros de la doctrina de Dios vivo que crió todas las cosas: exhortaos mutuamente todos los días unos á otros, para que no se endurezca el corazón por la falacia del pecado. Ya que somos participantes de la gracia de Jesucristo, mantengámosla con perseverancia hasta el fin. No le irriteos como algunos de nuestros antiguos padres: advertid que todos pasaron el mar Bermejo, todos fueron testigos de la ley que con tanta majestad se les intimó desde el monte Sínai, todos anduvieron cuarenta años por el desierto bajo la proteccion de la columna y la nube, todos comieron el mismo maná, todos bebieron el agua milagrosa que les dió la piedra; pero no todos sino muy pocos entraron en la tierra de promision por el pecado de su incredulidad: *Et videmus quia non potuerunt introire propter incredulitatem.*

2. Y si el apóstol san Pablo ya recelaba los daños de la incre-

dulidad en aquellos días felices del Cristianismo; en aquellos primeros tiempos, digo, en que estaba viva la fe, firme la esperanza, ardiente la caridad, y las costumbres de los fieles eran tan puras, tan irreprochables y tan santas, como que vivían entre los primeros discípulos de Jesucristo, que acababa de enviar sobre ellos su divino Espíritu, llenándolos de gracias y virtudes, ¿cuánto más levantaría la voz san Pablo si viviera en nuestros días en que la tibieza de la fe y la relajación de las costumbres es tan universal y sensible? en nuestros días en que la incredulidad no camina, como en otros tiempos, tímida y entre las oscuras sombras que la envuelven, sino que marcha atrevida con la frente levantada, pretendiendo erigir su trono sobre las ruinas de nuestra santa Religión? ¿Con cuánta más razón que en su tiempo procuraría hoy san Pablo preservar á los fieles del contagio de la incredulidad, al escuchar tantas bocas blasfemas como se abren, tantos libros impíos como se escriben para sostenerla y propagarla?

3. No extrañéis por tanto, cristianos míos, que ya que no exista san Pablo entre nosotros, no falte alguno de sus sucesores que deseando y pidiendo á Dios alguna parte de aquel grande espíritu, procure llenar dignamente una de sus primeras obligaciones, administrándoos una doctrina sana, una doctrina santa, católica y apostólica, que no solo pueda preservaros de la infección de los incrédulos, sino que os haga triunfar gloriosamente de todos sus acontecimientos. No extrañéis que diga como el Apóstol: *Videte, fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis*: mirad, hermanos, que vivimos en unos días malos: mirad que debemos preservarnos con todo cuidado del contagio de la incredulidad: mirad que no se halle ya alguno de vosotros contaminado con esta peste: mirad que han llegado ya los tiempos en que es menester dar razón de lo que creemos y esperamos, como lo encarga el príncipe de los Apóstoles san Pedro: mirad que en nuestros días no se impugna á la Religión en uno ú otro de sus dogmas, sino en todos. No se trata de negar la consustancialidad del Hijo con su eterno Padre, como pretendían los Arrianos: no la maternidad divina de María santísima, como los Nestorianos: no la necesidad de la divina gracia, como los Pelagianos: no la intercesión de los Santos y la existencia real y verdadera del cuerpo y sangre de Jesucristo en la sagrada Eucaristía, como los Luteranos y Calvinistas. ¡Ay de mí! no se trata de estos y otros puntos particulares en que quedaron gloriosamente vencedores los Osios de Córdoba, los Atanasios de Ale-

jandría, los Nicolases de Mira, los Eusebios de Verceli, los Jerónimos de Belen, los Agustinos de Hipona, y otros Padres; se trata... ¡qué horror! de derribar todo entero el baluarte de la Religión: se trata de dar una batalla campal de poder á poder: de una batalla decisiva, cuyo fruto sea el destierro de la fe, el olvido de toda la religión, y la independencia del hombre, de todas las leyes, de todos los cultos, y de todas las potestades. En una palabra, se trata de no admitir términos ni límites á las pasiones y apetitos del corazón humano; y si para conseguirlo es menester negar la existencia de Dios, la inmortalidad del alma racional, y toda religión divina y revelada, negarlo todo.

4. No extrañéis, vuelvo á decir, que procuremos, á imitación de san Pablo, preservaros de este contagio que por la tibieza de la fe y la relajación de las costumbres se ha hecho mayor de lo que comúnmente se piensa: no extrañéis que obedeciendo al príncipe de los Apóstoles san Pedro demos razón de las verdades eternas que profesamos, y que tratemos de demostrar invenciblemente la existencia de Dios, la necesidad de un culto, la verdad de una religión revelada, la autenticidad de los santos Libros... y en suma, no debéis extrañar que siendo hijo de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, me presente en batalla contra sus enemigos, y que trate de sostener la verdad, la santidad y la divinidad de la religión que profeso. Si os parece temeridad que siendo yo el más débil é ignorante de todos los hombres, arrostre un empeño tan arduo y peligroso, y que aparezca en mi nación el primero con esta clase de sermones dogmáticos; yo responderé con toda mansedumbre: lo primero, que obedezco á Dios que me manda no avergonzarme de confesar su divina palabra delante de los hombres: lo segundo, que cumplo lo que disponen san Pedro y san Pablo, conservando este sagrado depósito de la doctrina verdadera, y mostrándole á los que le necesiten y pidiesen: lo tercero, que no todos los remedios son útiles en todos los tiempos, y para toda clase de enfermedades: en la edad de nuestros padres, que tan firmes estaban en la fe, no había necesidad de estos sermones; pero en nuestros tristes días, en que la incredulidad hace progresos, son precisos y necesarios: lo cuarto, yo conozco mi debilidad é ignorancia, y la arrogancia y fastuoso aparato de los enemigos de mi santa religión; pero no fío en mí, sino en la omnipotencia de aquel Señor que destruye la sabiduría de los sábios del mundo, y reprueba la prudencia de los prudentes según la carne: de aquel Señor que elige la ig-

norancia para confundir la sabiduría, y lo mas débil y despreciable para humillar lo mas fuerte, para que no se glorie el hombre en su presencia: respondo lo quinto, que soy ministro de Dios y debo trabajar en su Iglesia *secundum gratiam Dei quæ data est mihi*, plantando y regando segun mis pobres talentos, con la esperanza de que Dios producirá los frutos segun el propósito de su adorable voluntad, aunque nada sea el que planta y nada el que riega. Algunos años he empleado, no yo solo, sino la gracia de Dios conmigo, en procurar la observancia de la ley inmaculada del Señor, ya de viva voz, y ya por escrito; y los fieles creyentes han recibido mis palabras y mis escritos con una aceptacion superior á mis esperanzas, pero igual á mi reconocimiento. Ahora es menester demostrar la existencia de ese Dios y Señor contra los incrédulos, para preservaros de su contagio y fortaleceros en la verdadera fe.

5. Discípulos de Jesucristo, uníos á mí para sacar de las tinieblas de la incredulidad á los que viven sumergidos en ella. Discípulos de Jesucristo, vuestra fe es la mia, sostengámonos en ella, confirmemos en ella á nuestros hermanos, para que se preserven del error, y caminen siempre por las sendas rectas de la verdad.

6. Ser eterno, principio y fin de todos los seres, Dios y Señor de las virtudes, infinito, omnipotente y santo, ¿cómo yo, polvo y ceniza, hablaré delante de vuestra adorable é inmensa majestad? Pero ¿cómo podré dejar de hablar para que toda criatura racional adore vuestra divinidad, alabe vuestras perfecciones, agradezca vuestros beneficios, ame vuestra bondad, tema vuestra justicia, y espere vuestras misericordias? No, Dios mio: no callaré. Yo desde el abismo de mi nada, conducido de aquella luz con que graciosamente habeis iluminado mi espíritu, me levantaré hasta el trono de vuestra grandeza, y publicaré que existís eternamente lleno de infinitas perfecciones, y que se os debe toda alabanza, honor, culto, adoracion y reverencia por los siglos de los siglos; y que toda criatura racional debe creer vuestras verdades, temer vuestros castigos, esperar vuestras recompensas, observar vuestros preceptos, recibir vuestros Sacramentos, pedir vuestros socorros, y amar vuestra bondad. Esto deseo publicar para mayor honra y gloria vuestra, utilidad de mis prójimos y mi propia santificacion: *Ave María*.

7. El Espíritu Santo nos dice por su profeta David que el insipiente dijo en su corazon, que no habia Dios. Sin duda era un sábio segun la carne, á quien sus desórdenes habian infatuado. Sin duda luchaban con todo empeño en su corazon las luces de su ra-

zon y las tinieblas de la incredulidad. Las primeras le mostraban irresistiblemente la existencia de Dios que crió todas las cosas, que las conserva con admirable orden y armonía, que condena todos los vicios, y que ama y premia todas las virtudes. Las segundas pretendian tener imperio en el corazon sin los remordimientos del espíritu. Si las primeras vencian era menester poner freno á las pasiones: si las segundas triunfaban era preciso esclavizar con evidente injusticia las luces de la razon. Esto parecia muy repugnante, pero es del todo necesario al que pretendiere ser vicioso por sistema. Ved por qué el Espíritu Santo sigue diciendo, que se habian corrompido y hecho abominables en sus estudios: *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus... corrupti sunt et abominabiles facti sunt in studiis suis*.

8. Mas há de dos mil y ochocientos años que sucedió lo que os estoy refriendo, amados cristianos míos, y parece muy extraño que despues de tantos siglos aparezcan en nuestros dias unos hombres tan blasfemos en sus palabras, tan corrompidos en sus costumbres, y tan abominables en sus pretensiones, que no ya como aquel antiguo insipiente en el secreto de su corazon, sino de viva voz y por escrito se atrevan á proferir que no hay Dios. Tratemos de llenarlos de una saludable confusion con las innegables consecuencias, y los horribles pero necesarios resultados de sus principios, para que humillados y avergozados á la vista de sus delirios, escuchen con atencion las pruebas invencibles que despues les darémos de la existencia de Dios.

9. Buen ánimo, señores, desterrad los vanos temores, abandonad las ridículas ideas que os dieron en la niñez, y que habeis conservado toda la vida, llenos de debilidad y superstición. **NO HAY DIOS, NO HAY DIOS.** Nosotros adornados de un saber profundo, de un genio extraordinario, y de un talento delicado y fino, os lo aseguramos. ¿Lo habeis oido? ¿Quereis que lo repita otra vez? Así habla el ateísmo. Sí, señores, lo hemos oido, pero escuchadme tambien vosotros, y oigan mis palabras los cielos y la tierra con cuantas criaturas hay en ellos. ¿No hay Dios? Luego no hay ley eterna, ni ley natural, ni ley civil, política, eclesiástica ni militar que obligue en conciencia. No hay tal conciencia, ni alma inmortal: todo lo que existe es materia, mas ó menos bien combinada por el acaso, que es el principio y el ejecutor de la grandeza de los cielos, de la hermosura del sol, la luna y las estrellas, de la regularidad y admirable armonía de sus movimientos, de la fecun-

didad de la tierra, de las corrientes de los rios, del flujo y reflujó de los mares, de la variedad de los vientos, del instinto de los animales y los hombres, de las virtudes de las plantas, y del ser de todas las demás criaturas. ¿No hay Dios? Luego falta el primer legislador que ha dado á los reyes la potestad de reinar, á los legisladores la de formar leyes justas: luego no hay virtud ni vicio en las acciones morales de los hombres, ni premios ni castigos eternos: la religion es un fantasma que aterrará á los simples: el interés personal, el placer ó gusto de cada uno, es el móvil del corazón humano: los soberanos no reinan en nombre de Dios, porque este Dios no existe, ellos son unos tiranos que oprimen los pueblos, y cuando el interés del particular lo pida, puede y debe quitar de en medio esa autoridad que le incomoda; y si ocultamente no se halla con proporciones para realizar sus deseos, puede agavillar sus semejantes, y á mano armada y á fuerza abierta derribarlos y acabar con ellos. *Et nunc reges intelligite. Erudimini qui iudicatis terram.* Reyes de la tierra, representantes del Rey de los reyes y Señor de los señores, que está en el cielo, mirad el apoyo mas firme de vuestra dignidad y vuestra vida en la santa religion que profesamos. Mirad y temblad á la vista del mal con que os amenaza el ateísmo si le permitís residir en vuestros Estados. ¿No hay Dios? Luego los sacerdotes, los obispos, los sumos pontífices, no son mas que unos engañadores que se enriquecen manteniendo la ilusion y ceguedad de los pueblos. Luego no hay religion, ni Iglesia, ni Sacramentos, ni sacrificios, ni Redentor, ni gracias que por él se nos comuniquen. ¿No hay Dios? Luego estando á cubierto de la vista del magistrado, ó de la odiosa ley del mas fuerte, como ellos dicen, lo mismo vale ser incestuoso que casto, adúltero que continente, traidor que amigo fiel, quitar la vida al inocente que dársela al necesitado, robar la hacienda ajena que ser caritativo y liberal con la propia. ¿No hay Dios? Luego sin pecado puede el hijo levantarse contra su padre, el soldado contra su capitán, el criado contra su amo, cuando el interés personal del criado, del soldado y del hijo así lo exija. ¿No hay Dios? Luego no hay obligacion de observar los contratos, de cumplir los juramentos, de hablar la verdad, de aborrecer el fraude, la mentira y la injusticia. ¿No hay Dios? Luego los evidentes y sensibles principios de la razon natural son delirios: el clamor de la naturaleza que habla á todos los hombres, para que no hagan ni digan á sus semejantes lo que no quieren que hagan ni les digan á ellos, es ilusion: el grito de la conciencia que

se avergüenza de lo malo y se alegra de lo bueno, es una quimera: la creencia de todos los siglos, la opinion de todas las naciones, el pensar de todos los racionales, es un fantasma que... Pero, Dios inmortal, ¡en qué abismo de horrores, de absurdos y despropósitos no se precipitan y sumergen los hombres que niegan vuestra existencia! No dudo proferir esta espantosa proposicion: entre los demonios se viviria con menos desórdenes, que en un Estado de ateistas. Los espíritus del abismo creen y tiemblan, y entre ellos hay aquel orden de penas que les asignó la soberana justicia, segun la mayor ó menor gravedad de su maliciosa rebelion contra el Omnipotente; pero los ateistas no tiemblan porque no creen, y no creyendo, sus pasiones no admiten ley que las modere, freno que las contenga, ni respeto que las ponga término, mas que la débil fuerza del brazo del hombre. En sustrayéndose de sus alcances por el secreto ó la mayor fuerza, todo delito desaparece, todo crimen se aprueba, todo desórden es permitido. ¡Oh Dios inmortal, vuelvo á clamar, justo eres, Señor, y rectos son vuestros juicios! Confúndase el hombre que no cree tu existencia á la vista de sus delirios, tan contrarios á la recta razon como á la virtud. Confúndase al mirarse degradado por sí mismo de su dignidad intelectual, y reducido á la clase de las bestias, y hecho semejante á los jumentos insipientes. Confúndase al verse mas infeliz, mas miserable y mas desgraciado que todos los brutos. Y si estas verdades no le confunden, confúndase siquiera al considerar la utilidad que le resultaria de que hubiera un Dios.

10. De hecho, supongamos por un momento que no haya Dios, y preguntemos, si le seria útil al hombre que le hubiera. Pero ¡ay! ¡qué lengua de Ángeles ni de hombres podria explicar los infinitos bienes que le resultarian, y los innumerables males de que se veria libre el hombre, habiendo Dios! Empecemos á decir algo por lo mas comun, mas fácil y mas experimentado. ¿Quién es aquel pobre que lleno de llagas, cubierto de andrajos y hecho una miseria, pide una limosna á las puertas de aquel poderoso que se la niega? Es un hombre justo, un hombre de bien, un hombre manso, humilde, modesto y paciente: es el pobre Lázaro, á quien los perros que alimentaba aquel rico obsequiaban y socorrian lamiendo suavemente sus llagas, y aliviándole en sus dolores, que la dureza del corazón de aquel avaro inhumano multiplicaba. ¿Qué utilidad le resultaria de que hubiera Dios? La de recibir con paciencia y con mérito aquella injusta repulsa: la de esperar tranquilamente el pre-

mio de su virtud despues de unos pocos dias de tribulacion: la de verse en el seno de la eterna felicidad, y vivir contento en el interior con su suerte. ¿Quién es aquel hombre, al parecer tan desgraciado, que ve robadas sus haciendas, muertos violentamente sus criados y sus hijos, derribadas sus casas, y robados sus ganados? ¿Quién es aquel hombre, antes tan rico y ahora tan pobre? antes tan robusto, y ahora tan débil? antes tan respetado de su pueblo, y ahora insultado de sus amigos? antes lleno de bienes en su casa, y ahora rendido en un muladar? El santo Job, que con un casco de teja está rayendo los gusanos que manaban de sus llagas encanecidas. ¿Por qué no se irrita con sus gravosos amigos? ¿Por qué no se revuelve encolerizado contra su propia mujer que le impropiera su simplicidad y su candor? ¿Por qué no maldice su desventura? ¿Por qué no se desespera para acabar de una vez con el cúmulo de sus desgracias? Porque pensaba que Dios existia: se le figuraba que su mano omnipotente repartia los bienes y permitia los males, y que si recibimos con placer los consuelos que nos envia, tambien debemos tolerar con paciencia las tribulaciones con que nos prueba. Esta persuasion le anima, esta le sostiene, esta le hace invencible á las desgracias, esta le saca con felicidad de todas ellas; esta le hace dichoso en la vida, y esta le hace dulce y preciosa su muerte. ¿Quién es aquel hombre perseguido, encarcelado, azotado, y últimamente descabezado? aquel hombre que viajó por tantos países, que curó tantos enfermos, que padeció tantos naufragios, que sufrió tantos interrogatorios en los tribunales, tantas calumnias de sus injustos perseguidores, y que en todas partes experimentó tanta sed, tanta hambre, tantas cadenas y tanta infinidad de trabajos? ¿Qué utilidad podria resultarle á este gran Pablo de la existencia de Dios? El experimentar el socorro de su gracia poderosa, con la que fortalecido desafiaba al cielo y á la tierra, á la vida y á la muerte, á los Ángeles y á los hombres, con la seguridad de que nada podria separarle del amor de aquel Ser eterno, de cuya existencia no dudaba. ¿Hasta dónde podríamos llegar con estas preguntas? Ceñid por ahora vuestros pensamientos á ponerlos en aquel virtuoso matrimonio, en el que aplicado y trabajador el marido en el cultivo de los campos, ó en su taller y oficina: en el que hacendosa, muy recatada y recogida en su casa la mujer, su marido la ama tiernamente: ella honra, respeta y estima á su marido: ambos crian sus hijos, y en su casa reina la paz, el amor, la fidelidad, la decencia y la modestia. Pasaban dulcemen-

te la vida, cuando una enfermedad viene á llenarles de amargura, sus inocentes contentos: una fiebre maligna y unos vivísimos dolores postran en una cama al marido, cesa el jornal, y con él el alimento de todos. La mujer afligida, mirando con dolorosa tristeza á su marido, prorrumpe en amargas lágrimas, y los tiernos hijos la acompañan en ellas. Afligese el enfermo al escuchar los suspiros y mirar las lágrimas de su buena esposa é inocentes hijos, y á pesar de la firmeza de su corazon, se le humedecen los ojos. Levántalos al cielo con filial confianza de que existe una Providencia adorable que mantiene las aves del cielo, los peces del mar, los animales de la tierra, y cuida muy particularmente de los hombres, como de su obra la mas perfecta; y con esta idea religiosa se tranquiliza, esperandó el socorro de su grande necesidad. Sale en busca de su alivio su mujer triste, y halla desvíos en vez de socorros, desprecios en lugar de beneficencia, y tropiezos á su pudor donde deberia hallar consejos oportunos para conservarle. ¡Oh, qué situacion tan dolorosa! Sin la idea de la Divinidad no dista un paso de la desesperacion. Pero vuelve á poner sus ojos y su corazon en el cielo, y allí ve un Ser eterno, que supo sacar á José de la cárcel, á Tobías de la cautividad, á Susana de las calumnias, á Judit de los peligros, á Ester de la sentencia de la muerte, á Daniel del lago de los leones, y á Lázaro del sepulcro; clama al Señor en su tribulacion, y es oido: pide, y es socorrido; y sin que comprenda los medios de que se vale la divina Providencia para su alivio, le siente y experimenta.

11. ¿Dónde hallaréis vosotros, ridículos y extravagantes ateistas, estas preciosas utilidades en vuestros monstruosos sistemas? ¿Las hallaréis en los delirios de Epicuro sobre el alma, los dioses y el mundo visible? Pero ¿cómo llamarémos alma racional que piensa, calcula, elige, combina y quiere, una alma material compuesta de partes divisibles y perecederas? ¿Cómo nombrarémos dioses unos seres sumergidos en sus delicias eternas, sin cuidado de sus criaturas, sin atencion á sus acciones, sin sentimiento ó desaprobacion de sus vicios, y sin aprobacion ni premio de sus virtudes? ¿Cómo nos persuadirémos á que esta admirable máquina del universo, el periódico movimiento de los astros, la fecundidad de la tierra, las corrientes de los rios, el conjunto de las aguas de los mares, la variedad y número incalculable de las flores, las yerbas, los árboles, los frutos, los animales, las aves y los peces, con toda la dulcísima armonía y hermosísima perfeccion con que marchan á